

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas

Cuaderno 42 de ocho entregas

MADRID

JOSE ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1874

L47
2258

THE UNIVERSITY OF CHICAGO LIBRARY

ET ALIIS

UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

1911

UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

1911

UNIVERSITY OF CHICAGO

1911

—¡Oh! en cuanto á eso no me cabe la menor duda,—dijo Ventura.—La señorita Marieta no sabe hablar de otra cosa que de usted. Ayer mismo la oí decir en un arranque de desesperacion: «Si Ernesto muere, yo no podré consolarme de su pérdida. ¿Qué será de mí? Sin alegría para salir á la escena, ¡Dios sólo sabe el porvenir que me aguarda!»

—¿Cómo? ¿piensa Marieta retirarse del teatro?

—Al ménos, á mí me ha dicho que ha salido de él para no volver más. Y como no tiene bienes de fortuna... Por otra parte, sé que la señorita Marieta está resuelta á abandonar esta casa muy en breve.

—¿Abandonar esta casa?—añadió con interés Ernesto.—¡Oh! no, eso no es posible.

—¿Pero qué quiere usted que haga la pobre aquí, si usted desgraciadamente muere?

—Cuando llegue ese caso,—añadió Ernesto suspirando,—espero que mi tio...

—¡Bah! el señor don Joaquin es muy bueno, pero tiene á su lado un mal consejero.

—¿Quién?

—Zulma el negro.

Ernesto miró con asombro á Ventura, y repuso:

—¡Ah! ¿luego ese miserable esclavo se entromete en los asuntos de la casa?

—Ese negro ejerce una gran influencia en la voluntad de don Joaquin, y creo adivinar que odia con toda la ferocidad de su alma á la pobre señorita Marieta.

—¡Imposible!

—¡Ah! señorito, Zulma está acostumbrado á vivir solo con don Joaquin, y no hace mucho sorprendí una conversacion entre los dos, en que ese fatal negro le aconsejaba regresar á América. Yo creo que tiene celos del natural cariño que profesa á usted su tio, y de las simpatías que se ha conquistado en esta casa, por su bondad y tierna solicitud para con todos, la señorita Marieta. Ya sabe usted que yo no soy exagerado y que no me falta serenidad: pues bien; esta mañana, apenas amaneció, el negro entró segun costumbre en la habitacion de su amo, y no encontrándole, le buscó por toda la casa con sombrío semblante, pronunciando en voz baja palabras amenazadoras y terribles maldiciones. La señorita Marieta sabe como yo el ódio que la profesa el negro, y si usted tuviera la desgracia de morir, ella no permanecería ni nadie más en esta casa.

Y como Ernesto guardara silencio meditando sin duda las palabras que Ventura acababa de decirle, este añadió:

—Don Joaquin es inmensamente rico, y á bien poca costa podría asegurar el porvenir de esa pobre muchacha, que lo ha abandonado todo por seguir á su amante; pero el negro es un gran obstáculo, una muralla que se interpone entre la generosidad de su tio de usted y la señorita Marieta. Afortunadamente yo vivo alerta, no me asustan los seis piés de estatura de Zulma, y como él cometiera la menor imprudencia, como llegara á faltar al respeto á la señorita Marieta, entonces se convencería el negro de que yo soy más

pequeño de estatura que él, pero que mi corazón es tan grande ó más que el suyo.

—Sí, sí, Ventura,—añadió Ernesto, cogiendo una mano al ayuda de cámara,—vela por Marieta, sé su protector, ya que yo no puedo serlo. Las revelaciones que acabas de hacerme me sobresaltan, porque los hombres de la raza de Zulma suelen ser rencorosos.

—Pierda usted cuidado, viva usted tranquilo; pero si á un servidor leal se le permite dar un consejo á su amo...

—Habla, dí lo que quieras.

—Pues bien; yo, si me encontrara en el lugar de usted, si fuera sobrino carnal de don Joaquin y su único heredero, exigiría á mi tío que no se separara nunca de Marieta, que asegurara su porvenir, recompensando de este modo su abnegacion y el inmenso amor que á usted profesa.

—Desde que comenzaste á hacerme tus revelaciones, ese pensamiento cruzó por mi mente. Mi tío es bueno, mi tío es generoso, y tengo la seguridad de que no desoirá mis súplicas. Pero no perdamos el tiempo: corre, Ventura, corre á buscarle, y dile que yo deseo verle.

Ventura dirigió maquinalmente una mirada á la ventana, y viendo á don Joaquin y á Marieta que se dirigian á la casa, dijo como hablando consigo mismo:

—Marieta ha madrugado siguiendo mis consejos, y viene hácia aquí apoyada en el brazo del viejo: la cosa marcha.

Y levantando la voz, añadió:

—Es una bella accion recomendar á don Joaquin que no abandone á la pobre señorita.

—Sí, Ventura, sí,—repuso Ernesto;—cumpliré con mi último deber. Corre en busca de mi tio, y dile que deseo hablarle; pero procura al mismo tiempo de entretener á Marieta; no quiero que nos interrumpa cuando yo me encuentre intercediendo por ella.

Ventura no esperó á que se repitiese la órden, y salió precipitadamente de la habitacion.

Poco despues se hallaba en el jardin.

Junto á la puerta encontró á Zulma el negro, cuyo semblante sombrío no tenia nada de agradable.

El negro le saludó con un ligero movimiento de cabeza, continuando su camino.

Ventura prosiguió el suyo.

El anciano y la bailarina caminaban muy despacio y como si quisieran prolongar la distancia que les separaba de la casa.

Tan embebidos se hallaban en su conversacion, que no repararon en Ventura, que se dirigia hácia ellos.

El ayuda de cámara vaciló un momento.

Don Joaquin y Marieta hablaban en voz baja. Temió cometer alguna imprudencia interrumpiendo aquella conversacion, que podia ser muy interesante.

Pasó, pues, por su lado sin decir nada, esperando otra ocasion para trasmitir á don Joaquin las órdenes de su sobrino, y oculto tras el secular tronco de un plátano, les siguió con la vista.

La pareja paseaba por la calle de árboles, siguiendo el sistema de los canónigos de Toledo y de los ena-

morados de todo el mundo, es decir, muy despacio y parándose á cada tres ó cuatro pasos.

Este espionaje duró ocho ó diez minutos. Ventura desde un árbol se pasaba á otro; iba aproximándose á la casa sin perder de vista á la pareja.

De vez en cuando, Marieta reclinaba su cabeza con encantadora melancolía sobre el hombro de don Joaquin, y á cada uno de estos movimientos, propios de la coquetería y seducción femenina, Ventura se frotaba las manos, murmurando en voz baja:

—La cosa marcha.

Por fin la pareja llegó á la casa, y entonces Ventura, comprendiendo que habia llegado el momento de transmitir las órdenes de su amo, se dirigió á buen paso hácia la quinta.

Don Joaquin y Marieta se hallaban en el comedor. Iban á servirles el chocolate, cuando entró Ventura.

—¡Hola, Ventura! ¿qué tal ha pasado la noche mi sobrino?—preguntó don Joaquin con acento complaciente.

—La tos le ha molestado mucho. El pobre señorito está muy malo.

—Ya lo sé, Ventura, ya lo sé; y eso me aflige mucho.

—Ahora mismo estaba hablando conmigo, y de pronto me mandó que viniera á buscarle á usted: dice que quiere hablarle sin testigos.

Y Ventura al decir esto hizo una seña de inteligencia á Marieta, que guardaba silencio.

—Iré á verle tan pronto como tome chocolate; porque supongo que la cosa no será muy urgente.

—El señorito Ernesto está lleno de aprensiones. Tiene la profunda conviccion de que se muere, y quiere aprovechar el tiempo, dejando arreglados sus asuntos antes de que llegue su última hora. Esto es lo que yo he podido sospechar por sus palabras.

—¡Ah, el dinero, el dinero!—exclamó don Joaquin levantando la mano á la altura de la frente.—Algunos dicen que todo consiste en ser rico, y yo puedo ser un buen ejemplo para desvanecer ese error. ¿De qué me sirve ser millonario si no puedo salvar de la muerte á mi querido sobrino?

—Dice usted bien, don Joaquin: el dinero vale menos de lo que creen los hombres.

En este momento una criada sirvió el chocolate. Don Joaquin tomó algunas sopas profundamente preocupado, se bebió su baso de agua, y dijo levantándose:

—Vaya, voy á ver qué es lo que quiere mi sobrino. Hasta luego, hija mia.

Apenas habia desaparecido don Joaquin, cuando Marieta preguntó en voz baja á Ventura:

—¿Hay algo de nuevo?

—Supongo que mucho.

—¿Sabe usted lo que Ernesto va á decirle á su tío?

—¡Oh! ya lo creo; como que yo mismo se lo he aconsejado.

—¡Ah! ¿y es eso un secreto, Ventura?

—Para usted, señorita, no los tengo yo nunca.

—¿De qué se trata?

—De asegurar el porvenir de usted. Don Ernesto va á recomendar á su tío á su querida Marieta.

—Entonces conviene no interrumpirlos.

—De ninguna manera.

—Yo, por mi parte, casi me atreveria á creer que don Joaquin aceptará gustoso la recomendacion.

—Lo cual me indica que va usted ganando terreno.

—Creo que no me será difícil apoderarme de la voluntad de...

—Comprendo. Pero conviene tener presente que tenemos un enemigo no despreciable.

—Viva usted tranquilo, amigo Ventura: nos libramos de ese enemigo, que hoy ha cometido la imprudencia de venir á interrumpirnos. Pero mientras don Joaquin habla con su sobrino, voy á arreglar un poco mis cabellos y á mudarme de traje. No olvide usted que me conviene saber todo cuanto hablen Ernesto y su tío.

—Lo sabrá usted, señorita.

—Hasta luego, pues.

Y Marieta salió del comedor, dirigiéndose á su habitacion.

CAPÍTULO V

Como se pide

Sigamos nosotros á don Joaquin, que entrando en la alcoba de su sobrino, se sentó junto á la cabecera de su lecho, y despues de ponerle con cariño una mano sobre la frente, dijo:

—Buenos dias, hijo mio. Acaba de decirme Ventura que deseas hablarme sin testigos, y aqui me tienes á tus órdenes. Pero antes permíteme que me entere de tu salud.

—Mi salud sigue como siempre, en mal estado: hoy más débil de ayer, y mañana estará más que hoy.

—Permíteme que te diga que el desaliento es muy poco conveniente para un enfermo.

—No hablemos de eso, querido tío; usted, como yo, sabe que soy un sentenciado á muerte. Ayer tuvieron ustedes consulta de médicos, y todos ellos afirmaron

sin la menor vacilacion que no habia remedio humano para salvarme.

—Sin embargo, los médicos se engañan.

—Pero no en enfermedades como la mia. Es inútil, por consiguiente, que usted pretenda animarme con frívolas esperanzas. Además, no crea usted que temo á la muerte; la veré llegar por mi vida sin conmovirme; pero como la muerte es traidora y pudiera sorprenderme de un momento á otro, yo quiero, querido tío, aprovechar el tiempo: por eso le he mandado á usted llamar con alguna urgencia.

—Pues bien; ya me tienes aquí, y puesto que lo quieres, hablemos.

—Si yo tuviera bienes de fortuna,—repuso Ernesto, despues de aspirar el aire con alguna fatiga,—no molestaria á usted en estos momentos; pero soy pobre...

—No lo eres desde el momento que yo soy rico.

—Sí, ya sé yo que usted es excesivamente bueno conmigo.

—Soy lo que debe de ser un tío con un sobrino carnal, único y exclusivo heredero de todos sus bienes.

—Sí, eso es lo que debe ser; pero no sucede siempre. Desde el instante en que tuve la inmensa dicha de recibir la carta de usted anunciándome su regreso á Madrid; cuando ví la cariñosa y paternal acogida que usted me hacia; al quedarme solo, al meditar mi situacion, confieso, querido tío, que no me juzgué acreedor á tanta fortuna. Mi vida pasada tenia algunas manchas, de las que se avergonzaba mi conciencia.

—¡Bah! ¿qué jóven no ha cometido alguna calaverada?

—Yo he cometido muchas, querido tío, muchas, y por eso sin duda el cielo me castiga.

—Vamos, Ernesto, no quiero que te ocupes en cosas que pueden entristecerte.

Ernesto cogió una de las manos de su tío, y besándola respetuosamente, dijo:

—Yo le venero á usted como á un padre; su presencia junto al lecho de este pobre moribundo, es un bien que Dios quiere concederme, á pesar de mis culpas. Quiero, por lo tanto, recomendarle á usted cuyo hermoso corazón conozco, á usted que es un verdadero hombre de bien, á un leal servidor que siempre me ha sido fiel, á una pobre huérfana, que no vacilaría en sacrificar su vida por salvar la mía.

Ernesto se detuvo como para tomar aliento.

Su voz era débil y fatigosa. Le faltaba la respiración de vez en cuando, y se veía precisado á hacer algunas pausas para renovar el aire de sus pulmones.

—Bien, hijo mío, recomiéndame á quien quieras, y puedes tener la firme seguridad de que yo no olvidaré nunca á tus recomendados.

—Así lo espero, y eso precisamente hará ménos angustiosos los últimos momentos de mi vida. Voy, pues, ha hablarle á usted en primer lugar de Marieta, pobre huérfana que me ha demostrado siempre la grandeza de su amor, la sublimidad de su desprendimiento. Yo podría contarle á usted mil rasgos llenos de elogios de esa espiritual criatura. Jóven, hermosa, seductora,

brillando en la escena y aplaudida por el público, cuando yo habia malgastado mi última peseta, cuando no podia darla otra cosa que mi amor, ella por mí despreció á más de un adorador millonario, por mí tambien ahora ha roto un contrato ventajoso, y ha venido á colocarse junto á la cabecera de mi cama para asistirme durante mi larga y penosa enfermedad. Justo es, pues, que yo, que veo la muerte extendiendo su descarnado brazo sobre mi cabeza, quiera pagarle todo lo que la debo recomendándola á usted eficazmente, que es mi segundo padre.

—¡Bien, hijo mio, bien,—exclamó don Joaquin, depositando un beso en la frente de Ernesto.—Yo acepto y aplaudo tu recomendacion. No creas tú que yo soy un hombre tan desnaturalizado que desconozca lo que merece esa jóven. Si á ella no le es enojosa mi compañía, si ella no tiene padre y quiere ser mi hija, vivir puede siempre conmigo. Afortunadamente, no tengo que dar cuenta á nadie de mis acciones.

—¡Ah! ¡querido tio! no puede usted pensarse el placer que me causan esas palabras. Ahora yo puedo morir tranquilo, pues sé que Marieta despues de mi muerte no se verá sujeta á los caprichos y exigencias de un empresario, y podrá vivir tranquila bajo la proteccion de un hombre de bien sin que conturbe su espíritu la idea del porvenir.

—Puesto que estamos de acuerdo en tu primer recomendado,—añadió sonriéndose don Joaquin,—pasemos al segundo.

—El segundo, querido tio, es mi ayuda de cámara

Ventura. Durante mucho tiempo me ha servido hasta sin pagarle sueldo, y algunos días me buscaba dinero hasta para comer. Es un hombre leal y honrado, y son innumerables los favores que me ha hecho. Ruego á usted, por lo tanto, que no le olvide.

—Si Ventura quiere quedarse en casa, continuará siendo mi ayuda de cámara.

—Pero ¿y Zulma?

—¡Zulma! ¿quién hace caso de Zulma? Bastante trabajo tiene él con aculatar y cuidar mis pipas.

—Sin embargo, he creído observar que ese negro mira con malos ojos á Ventura y á Marieta.

—Aprension tuya: Zulma es también un servidor leal, y se ha transmitido á su rostro una parte de la tristeza que me causa tu enfermedad.

—Sin embargo, señor, Zulma tiene un carácter reconcentrado, y la costumbre de vivir muchos con usted solo pudiera hoy despertar los celos en su corazón.

—¡Zulma celoso!—exclamó don Joaquín, dejándose llevar por un arranque de su proverbial buen humor.—Pero, hombre, si es un animal. No te preocupe semejante cosa.

Ernesto no quiso insistir más sobre aquel punto. Creía bastante la advertencia que acababa de hacer á su tío. Por otra parte, se encontraba bastante fatigado, y cerrando los ojos y dejando caer la cabeza sobre la almohada, guardó silencio.

—¿Qué es eso, te sientes malo?

—No, sólo es un poco de fatiga. Reposando algunos minutos pasará. No olvide usted mis recomendaciones.

—Sí, pero es preciso que tú aconsejes á Marieta que acepte mi proteccion.

—Se lo aconsejaré tan pronto como venga á verme.

—Entonces voy á dejarte para que duermas un poco. Pero no te creas que voy á permitirte que pases todo el dia en la cama. Quiero que te levantes, que pasees por el jardin, por la orilla del mar, que pongas por tu parte todo cuanto puedas para ayudar á la naturaleza.

—Sí, sí, haré todo cuanto usted guste. Pero me siento tan débil...

Y Ernesto volvió á cerrar los ojos exhalando un suspiro.

Don Joaquin salió de la habitacion, y como no habia fumado aquella mañana, contra su costumbre, se dirigió á su gabinete, donde se encontraba Zulma el negro.

El semblante de Zulma era aquel dia más tétrico, más sombrío que de costumbre.

Saludó á su amo con un ligero movimiento de cabeza, y continuó de pié junto á la ventana con la pipa en la boca.

Don Joaquin se sentó en una butaca, y dijo:

—Zulma, dáme un cigarro.

El negro obedeció.

El viejo millonario saboreó algunos segundos el rico tabaco, y despues de despedir varias bocanadas de humo, siguiendo con mirada indolente todas las evoluciones que proyectaba en el aire, fijó los ojos en el negro, y dijo despues de una pausa:

—El pobre Ernesto se muere, y se muere pronto.
Zulma guardó silencio.

Don Joaquin volvió á decir:

—Verdaderamente es una desgracia... ¡Un jóven que apenas cuenta treinta y dos años de edad!.. Y lo peor de todo es que yo me habia acostumbrado á mirarle como á un hijo, y me va á ser muy sensible su pérdida.

Aquí don Joaquin hizo una nueva pausa, y continuó fumando.

El negro, siempre inmóvil y apoyado en el hueco de la ventana, guardaba el más profundo silencio.

—Parece que hoy has perdido el uso de la palabra, Zulma.

—Cuando mi amo está triste, yo guardo silencio.

—Es que además de tu silencio, observo algo desagradable en tus miradas y en la expresion de tu rostro.

—Cuando á mi amo quieren engañarle, yo velo por él, se frunce mi ceño, y comienzo á ser desconfiado.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Digo, señor, que aquí no hay más que una persona que le quiera á usted, y esa soy yo.

—Veo que eres modesto.

—Soy como Dios me ha hecho.

—Vamos á ver, Zulma, qué razones tienes tú para desconfiar de todo el mundo. A mí no me gusta acusar á las personas sin tener prueba plena.

—¡Ah!—exclamó el negro, sonriéndose de una manera amenazadora;—si yo tuviera esa prueba plena

que el señor desea, no acusaria, haria otra cosa mejor.

—¿Qué?

—Vengaria á mi amo.

—Pero de quién te habias de vengar, imbécil. ¿Hay por ventura alguien en esta casa, alguno de los que me rodean, que me haya ofendido?

—Es que en este mundo se ofende de muchas maneras.

—¡Bah! ¡tú estás loco!

Y don Joaquin, reclinando la cabeza en el respaldo de la butaca, continuó fumando su cigarro con verdadera indolencia americana.

El negro dirigió una mirada compasiva á su amo, y haciendo un movimiento de hombros, murmuró en voz baja:

—El tiempo dará la razon á Zulma el negro.

que el señor dease, no acuaris, haino ota cosa mejor.

—¿Qué?

—Vengas á mi ama.

—Pero de quien te habias de vengar, imbécil. ¡Ha-

por ventura alguien en esta casa, alguno de los que

me roban, que me haga vendidos.

—Es que en este mundo se olvide de muchas

CAPÍTULO VI

—¡Bahl! ¡tu estas loco!

Y don Joaquin, recibiendo la cabeza en el respaldo

de la butaca, continuó fumando su cigarro con verda-

dera indiferencia americana.

El negro de la casa vivía á su ama,

y haciendo un movimiento de hombros, murmuró en

voz baja:

—El tiempo está la razón á culpa de negro.

Marieta, que se hallaba espiando oculta detrás de una cortina la puerta de la habitación de Ernesto, tan pronto como vió salir á don Joaquin se encaminó al dormitorio de su amante.

Sabido es que las mujeres, cuando les conviene, caminan como los fantasmas, sin hacer ruido, y ellas sólo poseen el don de pisar tan blando que no le es posible oír el ruido de sus pasos ni al oído más perspicaz.

Entró, pues, la bailarina en la habitación de Ernesto, y caminando de puntillas llegó hasta la alcoba.

Marieta creyó dormido á su amante, y procurando ocultarse en los pliegues de la cortina, estuvo contemplando algunos segundos aquel rostro pálido, en cuyas líneas comenzaban á imprimirse las huellas de la muerte.

El baron de Labra habia cambiado notablemente. Sus facciones llenas de vida y de audacia tenian entonces un carácter de languidez y de demacracion, que hubiera sido difícil reconocerle á sus amigos íntimos.

Marieta apartó poco á poco la cortina y penetró en la alcoba, yendo á sentarse en la silla colocada junto á la cabecera.

Entonces Ernesto abrió los ojos, y al ver á su querida, una sonrisa triste asomó á sus labios.

La bailarina antes de dirigirle la palabra inclinó su cuerpo sobre el lecho, y depositando un beso en la frente de su amante, dijo:

—Perdona, Ernesto mio, si hoy vengo tan tarde á darte los buenos dias. Iba á entrar á verte, cuando Ventura me dijo que estabas hablando con tu tio, y no quise interrumpiros.

—Efectivamente, Marieta,—contestó Ernesto acariciando las manos de su querida.—Esta mañana he tenido una entrevista con mi tio, porque cuando un enfermo se encuentra en mi situacion, tiene muchas cosas que arreglar.

—Veo, querido Ernesto, que eres incorregible, y me disgusta altamente ver siempre ocupada tu imaginacion por cosas tristes.

—¡Ah! Marieta, los pensamientos de un moribundo no pueden ser muy risueños. Todos en esta casa me quereis bastante y procurais disipar mis tetricas ideas; pero mi mal es más poderoso que vuestra voluntad. Yo os agradezco los buenos deseos, pero sigo con la idea fija encarnada en el cerebro.

La bailarina se llevó una mano á los ojos para enjugarse las lágrimas, y Ernesto, despues de una ligera pausa, añadió:

—Voy á serte franco. Nunca he tenido tantos deseos de vivir como ahora; ¿y sabes por qué, Marieta? Porque ahora he comprendido lo que tú me amas, y con tu amor y la proteccion de mi cariñoso tio, hubiera comenzado para mí una vida de felicidad y bienandanza lejos de esa sociedad pérfida y engañosa. Pero ¿qué remedio? ya es tarde, y me he convencido desgraciadamente de que el hombre en este mundo encuentra muchas veces la dicha cuando ya no puede disfrutar de ella.

Y Ernesto, como si se sintiera fatigado, volvió á cerrar los ojos, exhalando un débil suspiro.

—No, no, Ernesto; tú no morirás, porque yo no quiero, porque yo necesito que vivas, —exclamó Marieta, dejándose llevar por un rasgo de verdadera ternura.

El baron de Labra abrió los ojos, fijó una mirada melancólica en aquella mujer á quien amaba entonces como no habia amado nunca, y dijo:

—Pobre Marieta, todos tus deseos, todas tus súplicas, todas tus oraciones, no serán suficientes á prolongar un minuto más mi vida. Pero no importa; tus palabras me causan un consuelo inefable: son gotas de bálsamo que tranquilizan y adormecen los dolores de mi herida, son la hermosa luz que ilumina los sombríos instantes del moribundo. Cuando te veo penetrar en mi alcoba, creo que eres un ángel que Dios me envia

para consolarme; cuando tus labios se posan en mi frente, siento algo consolador que me refresca el alma.

—¡Ernesto! ¡Ernesto! ¿por qué he de perderte ahora que comprendo lo que vales?

—Porque así estaba escrito en la misteriosa página de mi destino. Pero tranquilízate y escucha. Desgraciadamente no se vive en el mundo solamente de ilusiones; es preciso poseer algo más positivo, y yo me he ocupado de tu porvenir.

—¡Mi porvenir!—repitió Marieta con triste y dolorido acento.—Si tengo la desgracia de perderte, ¿qué me importa el porvenir?

—Te importa mucho, querida,—añadió Ernesto esforzándose por sonreír,—y yo no puedo mirar con indiferencia tu mañana. Hé aquí el motivo de la entrevista que he tenido esta mañana con mi tío.

—No te comprendo,—repuso Marieta con una ingenuidad verdaderamente teatral.

—Escúchame, porque es para tí de la mayor importancia lo que voy á decirte. Tú habrás tenido tiempo y ocasion de conocer á mi tío: es un bello sujeto, tiene un alma generosa, un corazon de oro, me ama como un verdadero padre, y su dolor es profundo al ver que sus millones son impotentes para salvarme del grave mal que me consume.

—Sí, sí, don Joaquin es un ángel; seria una injusticia no reconocerlo así, y no amarle, no respetarle: ni un solo momento se olvida de tí. Si yo tengo la desgracia de perderte, al abandonar esta casa me llevaré siempre un grato recuerdo de ese hombre generoso.

—Pues bien, Marieta; tú no te separarás nunca de mi tío.

—¿Qué dices?

—Que vivirás siempre á su lado.

—¿Qué derecho tengo yo para?...

—Serás su hija. Tú eres huérfana; él despues de mi muerte no tiene á nadie en el mundo. Figúrate que has encontrado un padre cariñoso; y yo te suplico que le ames con toda la ternura de una hija agradecida.

Marieta, despues de fingir admirablemente una gran sorpresa, se quedó mirando á Ernesto como si no comprendiera sus palabras.

—Esta noche pasada, como siempre, he pensado mucho en la muerte,—añadió Ernesto.—No puedes figurarte con qué afan he esperado que la luz del alba penetrara en esta habitacion á través de los cristales de mi ventana. Así es, que apenas distinguí la ténue claridad de la aurora encargué á Ventura que fuera en busca de mi tío y le dijese que tenia necesidad de hablarle.

Ernesto hizo una pausa, porque su debilidad, su fatiga iban en aumento.

—¿Y sabes por qué tenia ese vehemente deseo de hablar con mi tío? Porque deseaba cumplir un deber de conciencia, porque temia que el dedo de la muerte viniera de improviso á cerrar mis ojos antes de dejar asegurado tu porvenir.

Ernesto se detuvo.

Marieta, con los ojos llenos de lágrimas, habia reclinado su hermosa frente sobre los bordes de la cama, y

escuchaba en silencio la débil y fatigada voz de su amante.

El baron de Labra acariciaba mientras tanto con su mano pálida y descarnada los sedosos y abundantes cabellos de la bailarina.

—Mi tío,—añadió Ernesto,—acudió al llamamiento, y yo entonces te recomendé á su generosidad, á su noble corazón; porque tú, mi buena y leal amiga, lo habias sacrificado todo por mí, y yo necesito morir tranquilo sin que conturbe mi último instante la idea de tu porvenir. Pues bien, Marieta; ¿sabes lo que contestó mi tío al oír las primeras súplicas que le dirigí? Me dijo: «Ernesto, tranquiliza tu espíritu; Marieta será mi hija, y su porvenir quedará asegurado.»

—Pero, Dios mio,—exclamó la bailarina,—¿qué he hecho yo para que ese hombre generoso me dé el nombre de padre? Yo, pobre mujer abandonada, sin familia...

—No, no, sin familia no; ya tienes un padre, Marieta,—exclamó Ernesto;—ya tienes un pecho cariñoso donde reclinar la frente, un hogar donde te respeten y te amen. Desde hoy en adelante no vivirás sujeta á los caprichos de un empresario especulador, ó de un amante grosero. ¡Ah! viendo asegurado tu porvenir, créelo, Marieta, mis dolores se aminoran y no me parece tan triste la idea de la muerte.

Durante algunos segundos, la bailarina permaneció abrazada á Ernesto.

Los sollozos ahogaban la palabra en su garganta. Pero de pronto, comprendiendo que aquella emo-

cion no podia ser provechosa á su desgraciado amante, dijo:

—Soy una loca, soy una aturdida; los médicos te han recomendado eficazmente la tranquilidad, la calma, y yo vengo aquí á perturbar tu espíritu, á conmover tu corazon.

Y separándose del lecho, fué á sentarse en una butaca colocada á los piés de la cama.

—No, no, Marieta; tus besos son el precioso bálsamo de mis dolores, y la dulce emocion que experimento cuando te estrecho entre mis brazos, da vida y vigor á mis desfallecidas fuerzas, animacion á mi decaido espíritu. Ven, ven á mi lado; la vida es para mí tan corta, que deseo verte siempre, porque cuando me miras siento el calor de tus ojos en mi alma, y entonces el fantasma de la muerte desaparece de mi imaginacion.

Y como en este momento, á través de los cristales de la ventana penetrara un radiante rayo del sol, llegando hasta la cama de Ernesto, éste exclamó:

—¡Oh, qué bello es el sol! ¡qué hermoso es el amor!

Y extendiendo el brazo, tiró con fuerza del llamador de la campanilla.

Un instante despues, Ventura se presentaba en la entrada de la alcoba.

—Ven, Ventura, ven; ayúdame á vestirme,—le dijo;—quiero disfrutar de ese sol que lo embellece todo; quiero respirar la purísima brisa de los mares. Aquí en fondo de esta alcoba, me falta ambiente, me ahogo! De-

be ser tan hermoso el morir al pié de un árbol con los ojos fijos en el cielo y besando los labios de la mujer que se ama! ¡Ah, qué bella es la vida á los treinta años para el pobre enfermo que ve la sonrisa fria de la muerte á la cabecera de su cama!

Marieta salió de la alcoba.

Tambien ella tenia necesidad de respirar. Nunca las palabras de un hombre le habian causado más profunda sensacion que las que acababa de pronunciar Ernesto en un momento de delirio.

Abrió la ventana y extendió una mirada por el limpio horizonte.

La barca de Tomás se mecia dulcemente sobre las olas á pocas brazas de la orilla.

Aquella barca que llevaba inscrita en la popa su nombre, parecia incitarle con su dulce movimiento á dar un paseo por las tranquilas aguas del Mediterráneo.

La gratitud del viejo marinero le hacia permanecer horas y más horas enfrente de aquella casa, cuyos moradores habian sido la providencia de su familia.

Mientras tanto, Ventura habia vestido á Ernesto, y ambos salieron de la alcoba.

El baron de Labra llegó apoyado en el brazo de su ayuda de cámara hasta la ventana donde se encontraba Marieta, y al distinguir la barca de Tomás, exhaló un grito de gozo.

—Corre, Ventura, corre y dile que atraque á la orilla. Quiero dar un paseo por el mar.

Y cogiéndose del brazo de Marieta, añadió:

—¡Qué triste es á los treinta años necesitar el apoyo de un brazo femenino para poder andar!

Y Ernesto, llevándose una mano al pecho, respiró con fatiga y dijo.

—Vamos, Marieta.

—Vamos adonde quieras, Ernesto mio,—dijo la hermosa jóven.

CAPÍTULO VII

Caminando hacía el sepulcro

Ernesto salió al jardín apoyado en el brazo de Marieta.

Caminaba muy despacio, y deteniéndose de vez en cuando, dirigía una mirada al cielo respirando con avaricia.

La tos le molestaba mucho. Aquella naturaleza herida de muerte, apenas tenía fuerzas para mantenerse de pié.

Ernesto había perdido su vigor, su lozanía. Su rostro demacrado, lívido, sus ojos hundidos y sin brillo, su cabello lacio, tenía más de cadáver que de sér viviente.

Ese espíritu helado que al extenderse por nuestras venas mata la fuerza vital, parecía complacerse en des-

truir la naturaleza del baron de Labra poco á poco y como si se gozara en su obra.

No era posible reconocer en aquel moribundo, mantenido por un resto de fuerza de voluntad, al jóven audaz que pocos meses antes paseaba por Madrid con la frente erguida y la mirada altiva.

Ni uno de sus amigos, de aquellos amigos que le envidiaron sus calaveradas y le ayudaron á comerse su fortuna, le hubiera reconocido al verle cruzar bajo la sombra de los árboles de aquel jardin.

Marieta sentia frecuentes estremecimientos, transmitidos por el brazo de su amante; pero advertia al mismo tiempo que la brisa del mar reanimaba el semblante cadavérico del baron.

Aquella mujer en cuyo pecho la idea del porvenir habia desarrollado una mira egoista, no era tan mala, no era tan pervertida, que mirase con indiferencia el estado lastimero de Ernesto.

Por eso de vez en cuando fijaba con cariño los ojos en su amante, y de aquellos ojos se escapaba una lágrima furtiva, hija, si no del amor, al ménos de la compasion que todas las grandes desgracias inspira á la compañera del hombre.

Poco antes de llegar á la orilla del mar, Ernesto se detuvo, llevóse una mano al pecho, y alzando una mirada al firmamento exclamó:

—¡Ah! ¡qué hermoso es respirar este aire puro, este aire que penetra en mis pulmones, dándome fuerzas y vida!... ¡Qué grato es el tibio calor del sol de invierno!... ¡Qué bello es ese mar que se extiende ante

mis ojos!... ¡Qué hermoso ese cielo que nos sirve de techumbre!

Y suspirando tristemente añadió:

—¡Ese cielo!... ¡Qué hay detrás de ese purísimo azul que detiene la curiosa y penetrante mirada del hombre? ¡Qué misterio se oculta detrás de su transparencia!.. ¡Encuentran las almas al abandonar el frágil barro otra vida que aquí?... Y si la muerte, como han dicho algunos sábios, no es otra cosa que el principio de la vida, ¿por qué se teme tanto á la muerte?... ¡Misterio, misterio profundo que no es dado penetrar á la pequeñez humana! ¡Nadie vuelve de ese gran viaje á la eternidad!.. ¡Con el último soplo de vida comienza el poema desconocido de la muerte!

Y Ernesto, moviendo tristemente la cabeza y sonriéndose con incrédula expresion, añadió:

—Muy en breve el misterio de la eternidad dejará de serlo para mí. Esperemos un poco.

—¡Siempre lo mismo, Ernesto, siempre lo mismo! Me habias ofrecido no pensar en la muerte, y no sabes hablar de otra cosa.

—Perdona, Mariéta; pero al moribundo, al enfermo que, como yo, se halla herido de muerte, le sucede precisamente lo mismo que al sábio filósofo que se ocupa en resolver un problema de grandes utilidades: tiene una idea fija.

Y Ernesto volvió á sonreirse, diciendo:

—Vamos en busca del viejo Tomás, para que nos dé un paseo por ese mar tranquilo que se extiende ante nosotros.

Cuando llegaron á la orilla, Tomás el marinero habia atracado la lancha y se hallaba hablando con Ventura.

Al ver á Ernesto y á Marieta, el viejo pescador corrió á su encuentro.

—¡Así, así, señorito!—exclamó Tomás con franca y expansiva alegría;—la cama come y el mar da la vida. Todos los dias debería usted hacer un esfuerzo como el de hoy, y yo le aseguro á usted que en un mes se ponía bueno.

Ernesto movió la cabeza en señal de duda, y estrechando la callosa mano del marino, dijo:

—Agradezco á usted su buen deseo, señor Tomás; pero tengo la conviccion de que no hay para mí remedio humano.

—¡Oh! es que la brisa del mar,—contestó Tomás,—no es un remedio que se vende en la botica, sino un don del cielo, y puedo á usted asegurarle, señorito, que en los cincuenta años que he pasado á bordo de buques grandes recorriendo todos los mares navegables, no he visto un marinero enfermo del pecho.

—Hay remedios, amigo mio, que llegan tarde. Si yo, como usted, hubiera sentado plaza de grumete á los doce años, hoy tal vez seria un marino robusto; pero es tan imposible desandar lo andado en el camino de la vida...

—En fin, señorito, es preciso no perder la esperanza, porque Dios es tan bueno, que no se pasa un dia sin que haga un millon de favores á los hombres.

Y Tomás, cogiendo en brazos á Ernesto, le condujo

á bordo de la lancha, donde ya de antemano habia puesto Ventura dos almohadones sobre uno de los banquillos. Despues volvió por Marieta, y cuando tuvo embarcados á sus dos protectores, extendió la pequeña vela latina, y cogiendo el timon comenzó á alejarse de la orilla á impulsos de la suave brisa de la tierra.

Ventura, inmóvil junto á la orilla, permaneció observando las evoluciones de la pequeña embarcacion durante algunos minutos. Luego se dirigió hácia la casa, pensando que aquellos paseos por mar terminarian pronto, atendido el estado deplorable de Ernesto.

Apenas habia trascurrido una hora, cuando don Joaquin, que sentado en una butaca junto á la puerta de la alquería, se hallaba fumando y entreteniendo sus pensamientos con el humo, vió venir por la calle de árboles que conducia al mar al viejo Tomás, llevando en sus brazos á Ernesto.

A pesar de sus años, el viejo marinero caminaba de prisa y como el que desea llegar pronto al término de su viaje.

A su lado iba Marieta.

Don Joaquin se levantó bruscamente, y corrió al encuentro del pescador.

Lo primero que creyó el anciano fué que Ernesto habia muerto, y un grito se escapó de su pecho.

—¿Me lo traeis muerto?—preguntó.

—Creo que es solamente un desmayo,—dijo Marieta precipitadamente.

—¡Pobre señorito! ¡pobre señorito!—murmuró en voz baja Tomás, cuyo rostro bronceado se hallaba cubierto de sudor.

—¡Zulma! ¡Ventura! ¡acudid todos!—gritó don Joaquin.

—Yo basto para llevarle hasta su cama,—añadió Tomás.

Y sin esperar á nadie entró en la casa y colocó en su lecho á Ernesto.

Don Joaquin y Marieta recurrieron á todos los remedios conocidos para que Ernesto recobrará el sentido.

Y efectivamente, algunos momentos despues un débil suspiro se escapaba del pecho del enfermo, y sus ojos fueron abriéndose poco á poco.

Tomás, mientras tanto, de pié, inmóvil en uno de los ángulos de la habitacion, dirigia profundas y tristes miradas hácia la alcoba, enjugándose de vez en cuando los ojos, que vertian lágrimas de gratitud.

Cuando Ernesto recobró el conocimiento estaba tan débil, que no sintiéndose con fuerzas para pronunciar una sola palabra, pagó con una sonrisa el tierno interés de aquellos que rodeaban su lecho.

Don Joaquin y Marieta, por su parte, tampoco quisieron molestarle con sus preguntas. ¿Qué podia decirles Ernesto que ellos no supieran? Aquello era un pequeño desmayo, que precedia á la próxima y gran paralización de la muerte. La esperanza de salvarle hubiera sido un absurdo.

Marieta presentó una pequeña taza de caldo al en-

fermo, y este la bebió con fatiga y sin gusto, inclinándose al concluir pesadamente la cabeza sobre la almohada y cerrando los ojos.

Mientras tanto, Ventura habia enganchado precipitadamente un ligero cabriolé de dos asientos, y corría á galope hácia Alicante en busca del médico.

Marieta se sentó en una butaca junto al lecho del moribundo, y don Joaquin se puso á dar paseos por la sala con las manos cruzadas en la espalda y la mirada tristemente fija en el suelo.

Todo en aquella habitacion iba tomando el triste y sombrío carácter de la muerte.

Sólo el sol, que penetraba á través de los cristales de la ventana, era alegre y risueño, y alumbraba con su diáfana y viva claridad aquel cuadro de dolor.

Durante dos horas, no se pronunció en aquella habitacion ni una sola palabra.

Ernesto parecia dormido. Su respiracion, poco antes fatigosa, era dulce, tranquila, y á la lividez de la muerte habia reemplazado un tinte ménos pálido, que daba cierta vida á su semblante.

Cuando el péndulo de la habitacion marcaba las once de la mañana, entró el médico acompañado de Ventura.

Era un hombre entrado en años, con la cabeza cubierta de canas y el semblante grave y sereno.

La mirada de sus grandes y pardos ojos, era profunda, inteligente.

El doctor estrechó la mano de don Joaquin, y éste, exhalando un suspiro, dijo bajando la voz:

—Creo que está muy enfermo.

—Desgraciadamente, nada bueno podemos esperar,—contestó el médico con acento muy bajo.

Y acompañado de don Joaquin, entró en la alcoba.

Ernesto abrió los ojos, los fijó en el doctor un breve instante, y volvió á cerrarlos.

Marieta explicó todo lo que habia sucedido aquella mañana.

El médico escuchaba la sencilla relacion de la bailarina sin dejar de mirar al enfermo. Le pulsó, y salió de la alcoba sin decir una palabra.

Cuando estuvo en la sala hizo una seña con la mano á don Joaquin, y ambos se colocaron al extremo opuesto de la habitacion, junto al hueco de la ventana.

—Amigo mio,—dijo el médico con su peculiar gravedad,—probablemente el nuevo sol no alumbrará para el baron de Labra.

Don Joaquin se estremeció.

—Sólo siento ser médico en estos momentos,—repuso el doctor,—en que el deber me obliga á decir toda la verdad, por terrible que sea. Además, cuando la medicina pierde todas las esperanzas, comienza la religion. El médico del cuerpo nada puede hacer para salvar á ese pobre enfermo. Pueden ustedes llamar al médico del alma y disponerle como cristiano para la muerte, pues supongo que esta noche dejará de existir.

—¿De modo que ya no hay remedio alguno?..

—Ninguno, señor don Joaquin; la ciencia ha pronunciado su última palabra: los pulmones del enfermo están hechos pedazos.

tativamente su mano sobre los párpados, le cerró los ojos, que habían quedado un poco entreabiertos. Luego le cubrió el rostro con la vuelta de la sábana, y asomándose á la puerta de la sala, dijo con acento solemne y arrodillándose:

—Hermanos, el enfermo ha pasado á mejor vida. Rogad á Dios por su alma.

Marieta lanzó un grito, y arrojándose en los brazos de don Joaquin, exclamó:

—¡Muerto, muerto!...

—Sí, hija mia; ¡roguemos á Dios por él!

tativamente su mano sobre los párpados, le cerró los ojos, que habían quedado un poco entreabiertos. Luego le cubrió el rostro con la violeta de la señora, y asomándose a la puerta de la sala, dijo con acento solemne y arrobado:

—Hermanos, el enfermo ha pasado á mejor vida.

CAPÍTULO IX

Marieta lanzó un grito, y arrojándose en los brazos

de don Joaquín, exclamó:

—¡Muerto, muerto!

—Si, hija mía; rogamos á Dios por él.

Se dispone el viaje

Don Joaquín y Marieta, después de derramar abundantes lágrimas por la muerte de Ernesto, aconsejados por el sacerdote, abandonaron la habitación mortuoria.

El viejo millonario había dicho á Ventura:

—Encárgate tú de todo. Que se le haga un buen entierro. No economices el dinero.

Después de este encargo, don Joaquín se encerró en su habitación, en donde permaneció todo el día sin salir de allí. Tenía necesidad de estar solo y de llorar.

Dos veces entró á verle el sacerdote, dedicándole palabras de consuelo y de resignación.

A la caída de la tarde preguntó por Marieta, y Ventura le dijo que, sintiéndose un poco enferma, se había metido en cama.

—Esa pobre muchacha tiene un corazón de oro,— dijo don Joaquín.—Dios sin duda ha querido, porque no me vea solo en mi vejez, colocarla en mi camino. Me quita un hijo y me da una hija. Esto es siempre para mí un gran consuelo.

Y cambiando de entonación, añadió:
—¿Supongo que lo habrás arreglado todo?

—Todo, señor. Mañana al mediodía será enterrado el cadáver del señorito Ernesto en el cementerio de San Vicente. He comprado un panteón, y he encargado á Alicante una preciosa lápida de mármol negro de Bélgica, que estará concluida dentro de tres días.

—¡Pobre Ernesto!—murmuró don Joaquín, llevándose una mano á los ojos para enjugarse una lágrima.—Pero me has dicho que Marieta está enferma: voy, voy á verla. Sólo nos faltaba que ahora...

Y don Joaquín salió precipitadamente de su habitación, dirigiéndose á la que ocupaba la bailarina.

Ventura se sonrió maliciosamente, comprendiendo con gran satisfacción el interés que el tío de Ernesto sentía por la jóven.

Marieta se hallaba efectivamente en cama, con una de esas indisposiciones tan familiares á la mujer.

—¿Qué es eso, hija mía? Acaba de decirme Ventura que te sientes algo indispuesta,—dijo don Joaquín entrando en la alcoba.

Aquella era la primera vez que le hablaba de tú.

Marieta escuchó tan cariñosas palabras con la sonrisa en los labios, y apartándose con cierta coquetería los hermosos rizos de su frente, repuso:

—Ruego á usted, padre mio, que no se sobresalte. Sólo tengo un poco de destemplanza, que pasará con algunas horas de descanso.

—Es natural,—añadió don Joaquin, sentándose en una silla cerca de la cama;—aunque lo esperábamos de un momento á otro, te ha afectado como á mí la muerte de Ernesto. ¡Pobrecito! ¡tan jóven!... ¡Ah! ¡qué caras se pagan las calaveradas!

Y como don Joaquin sorprendió dos lágrimas en los ojos de Marieta, añadió cambiando de tono:

—En fin, yo no he venido aquí, hija mia, á aumentar tu tristeza, sino á enterarme de tu salud; y puesto que el mal no tiene remedio, y en esta casa no podría yo permanecer mucho tiempo sin que me afectara el recuerdo del pobre Ernesto, es preciso que la abandonemos lo más pronto posible.

Como la bailarina guardaba silencio, aunque oía con gran satisfaccion las palabras del viejo, éste añadió:

—Vengo, pues, Marieta, á repetirte lo que te he dicho tantas veces: yo soy solo en el mundo, y supongo que no me harás el agravio de separarte de mí ahora que ha muerto Ernesto.

—¡Separarme de usted!—exclamó la bailarina juntando las manos y empleando una entonacion llena de ternura y de sentimiento.—¡Ah! no, no. Recuerdo perfectamente las últimas palabras de Ernesto, y seria yo la mujer más ingrata de la tierra si no diera el nombre de padre al noble bienhechor que me llama su hija.

—No puedes pensarte el consuelo que tus palabras difunden en mi corazón.

—Partiremos cuando usted quiera y donde usted guste. Desde este instante yo no tengo más voluntad que la de usted.

—Pues á mí me sucede precisamente lo mismo. Todo el mundo es patria para mí.

—Sin embargo, usted no podrá olvidar el sol de España ni su hermoso palacio de la Castellana.

—Efectivamente, aquel es un nido donde no me encuentro del todo mal. Pero eso no implica para que, si tú quieres, empleemos lo que queda de invierno en hacer una excursión á Italia.

—¡Italia! ¡el país del arte y de la poesía!

—¿Te gustaría ir á Italia?

—Yo iré gustosa donde usted quiera, adonde usted mande.

—Pues bien; iremos á pasar un mes en la patria de los Médicis y otro en la ciudad de los papas. Hoy mismo encargaré á mi negro Zulma que disponga el viaje.

—¡Ah! ¿piensa usted que Zulma nos acompañe?

—Es un hombre muy útil para los viajes. No tiene uno que encargarse absolutamente de nada.

Y como Marieta hiciera un movimiento desapacible con la fisonomía, don Joaquin añadió:

—¿Te disgusta que nos acompañe Zulma?

—Lo confieso, padre mio; ese negro me da miedo.

—¿Miedo?—contestó don Joaquin sonriendo;—¡si Zulma es un bendito, un infeliz!

—Sin embargo, de algun tiempo á esta parte noto en su rostro algo que me disgusta. —
 —¡Toma! ya lo creo, —dijo don Joaquin;— ¡como que el pobre, además de ser negro, es feo como un demonio!

—No, no es el color de su rostro ni la poca belleza de sus facciones lo que me sobresalta, lo que me preocupa. Es su mirada sombría, su profundo mutismo; es, padre mio, que he creído adivinar que el corazón de ese negro mantiene una terrible tempestad, alimentada por los celos; es, en fin, que á ese hombre, acostumbrado á vivir solo con usted largos años, le irrita, le desespera que usted muestre simpatías hácia otro que no sea él, y la verdad, me da miedo.

—Vamos, veo que todos os habéis propuesto hacerme creer que Zulma es un segundo Oteló, cuando estoy seguro que el pobre no se ocupa de otra cosa que de acúlar mis pipas y limpiar mi ropa.

—Si usted se empeña en que nos acompañe ese hombre, mi deber es resignarme; pero yo viviré inquieta, sobresaltada, viéndole á mi lado.

—No, no, se quedará aquí, ó por mejor decir, le mandaré á Madrid y vendrá Ventura con nosotros; aunque Ventura, á quien pienso nombrar mi apoderado general, me conviene que quede en Madrid al frente de mis intereses. Pero, en fin, no han de faltarnos un ayuda de cámara y una doncella para tí, que nos acompañen.

—¿De manera que partiremos solos? —preguntó Marieta sin poder contener su alegría.

—Solos nó; porque ya comprenderás que tú necesitas una doncella y yo un criado.

—Sí, sí, ya lo comprendo. ¡Con tal de que no venga Zulma, que me da tanto miedo!

—Zulma y Ventura se quedarán en Madrid,—dijo don Joaquin.

—Supongo que no me guardará usted rencor por mi pequeña exigencia.

—No, hija mia; y puesto que necesitas descansar, voy á dejarte para que duermas un poco. Es preciso tambien disponerlo todo y aprovechar la ocasion de que salga de Alicante algun buque con rumbo á las costas de Italia. Descansa, pues, algunas horas, y no olvides tus preparativos de viaje.

Marieta inclinó la frente hácia don Joaquin, y éste depositó en ella un beso.

Poco despues, entre don Joaquin y Zulma tuvo lugar el siguiente diálogo:

—Mañana á primera hora quiero que vayas á Alicante á enterarte del dia que habrá vapor para alguno de los puertos de Italia.

—Bien, señor.

—Despues dispondrás mi equipaje.

—¿Segun eso, nos vamos á Italia?

—Es decir, me voy yo.

—¿Solo?

—Con la señorita Marieta.

—¡Ah!

—¿Por qué dices ah?

—Por nada, señor.

—No, no; tú lo has dicho por algo. No se pronuncia una exclamacion de esa naturaleza sin algun motivo.

—Pues bien; lo he dicho, porque yo ya sospechaba ese viaje. Lo que yo no he podido creer nunca era que usted viajara sin llevarme consigo.

—Es que yo necesito que tú y Ventura regreséis á Madrid á cuidar de mis intereses.

—No es por eso, señor,—añadió el negro sonriéndose y moviendo tristemente la cabeza.

—¿Pues por qué es?

—Porque la señorita Marieta no quiere que yo vaya con ustedes.

—Siempre estás lleno de recelos.

—¡Oh! ya sé que la señorita me tiene mala voluntad,—dijo Zulma;—y hace muy mal, sí, muy mal, porque yo he probado mi honradez y mi hombría de bien sirviendo con lealtad á mi amo por espacio de veinte años.

—Te digo que la señorita Marieta no tiene nada que ver con mis disposiciones.

—Bueno, señor, bueno; me quedaré en España,—repuso el negro, exhalando un profundo suspiro,—pues to que usted así lo dispone.

—Sí, esa es mi voluntad,—añadió don Joaquin, á quien comenzaba á disgustar aquella escena.—Puedes retirarte.

El negro, á pesar de la órden terminante de su amo, permaneció inmóvil en el mismo sitio.

Don Joaquin se puso á dar paseos por la habitacion,

tativamente su mano sobre los párpados, le cerró los ojos, que habian quedado un poco entreabiertos. Luego le cubrió el rostro con la vuelta de la sábana, y asomándose á la puerta de la sala, dijo con acento solemne y arrodillándose:

—Hermanos, el enfermo ha pasado á mejor vida. Rogad á Dios por su alma.

Marieta lanzó un grito, y arrojándose en los brazos de don Joaquin, exclamó:

—¡Muerto, muerto!...

—Sí, hija mia; ¡roguemos á Dios por él!

CAPÍTULO IX

Se dispone el viaje

Don Joaquin y Marieta, despues de derramar abundantes lágrimas por la muerte de Ernesto, aconsejados por el sacerdote, abandonaron la habitacion mortuoria.

El viejo millonario habia dicho á Ventura:

—Encárgate tú de todo. Que se le haga un buen entierro. No economices el dinero.

Despues de este encargo, don Joaquin se encerró en su habitacion, en donde permaneció todo el dia sin salir de allí. Tenia necesidad de estar solo y de llorar.

Dos veces entró á verle el sacerdote, dedicándole palabras de consuelo y de resignacion.

A la caida de la tarde preguntó por Marieta, y Ventura le dijo que, sintiéndose un poco enferma, se habia metido en cama.

—Esa pobre muchacha tiene un corazón de oro,— dijo don Joaquín.—Dios sin duda ha querido, porque no me vea solo en mi vejez, colocarla en mi camino. Me quita un hijo y me da una hija. Esto es siempre para mí un gran consuelo.

Y cambiando de entonación, añadió:

—¿Supongo que lo habrás arreglado todo?

—Todo, señor. Mañana al mediodía será enterrado el cadáver del señorito Ernesto en el cementerio de San Vicente. He comprado un panteón, y he encargado á Alicante una preciosa lápida de mármol negro de Bélgica, que estará concluida dentro de tres días.

—¡Pobre Ernesto!—murmuró don Joaquín, llevándose una mano á los ojos para enjugarse una lágrima.—Pero me has dicho que Marieta está enferma: voy, voy á verla. Sólo nos faltaba que ahora...

Y don Joaquín salió precipitadamente de su habitación, dirigiéndose á la que ocupaba la bailarina.

Ventura se sonrió maliciosamente, comprendiendo con gran satisfacción el interés que el tío de Ernesto sentía por la jóven.

Marieta se hallaba efectivamente en cama, con una de esas indisposiciones tan familiares á la mujer.

—¿Qué es eso, hija mía? Acaba de decirme Ventura que te sientes algo indispuesta,—dijo don Joaquín entrando en la alcoba.

Aquella era la primera vez que le hablaba de tú.

Marieta escuchó tan cariñosas palabras con la sonrisa en los labios, y apartándose con cierta coquetería los hermosos rizos de su frente, repuso:

—Ruego á usted, padre mio, que no se sobresalte. Sólo tengo un poco de destemplanza, que pasará con algunas horas de descanso.

—Es natural,—añadió don Joaquin, sentándose en una silla cerca de la cama;—aunque lo esperábamos de un momento á otro, te ha afectado como á mí la muerte de Ernesto. ¡Pobrecito! ¡tan jóven!... ¡Ah! ¡qué caras se pagan las calaveradas!

Y como don Joaquin sorprendió dos lágrimas en los ojos de Marieta, añadió cambiando de tono:

—En fin, yo no he venido aquí, hija mia, á aumentar tu tristeza, sino á enterarme de tu salud; y puesto que el mal no tiene remedio, y en esta casa no podría yo permanecer mucho tiempo sin que me afectara el recuerdo del pobre Ernesto, es preciso que la abandonemos lo más pronto posible.

Como la bailarina guardaba silencio, aunque oía con gran satisfaccion las palabras del viejo, éste añadió:

—Vengo, pues, Marieta, á repetirte lo que te he dicho tantas veces: yo soy solo en el mundo, y supongo que no me harás el agravio de separarte de mí ahora que ha muerto Ernesto.

—¡Separarme de usted!—exclamó la bailarina juntando las manos y empleando una entonacion llena de ternura y de sentimiento.—¡Ah! no, no. Recuerdo perfectamente las últimas palabras de Ernesto, y seria yo la mujer más ingrata de la tierra si no diera el nombre de padre al noble bienhechor que me llama su hija.

—No puedes pensarte el consuelo que tus palabras difunden en mi corazón.

—Partiremos cuando usted quiera y donde usted guste. Desde este instante yo no tengo más voluntad que la de usted.

—Pues á mí me sucede precisamente lo mismo. Todo el mundo es patria para mí.

—Sin embargo, usted no podrá olvidar el sol de España ni su hermoso palacio de la Castellana.

—Efectivamente, aquel es un nido donde no me encuentro del todo mal. Pero eso no implica para que, si tú quieres, empleemos lo que queda de invierno en hacer una excursión á Italia.

—¡Italia! ¡el país del arte y de la poesía!

—¿Te gustaría ir á Italia?

—Yo iré gustosa donde usted quiera, adonde usted mande.

—Pues bien; iremos á pasar un mes en la patria de los Médicis y otro en la ciudad de los papas. Hoy mismo encargaré á mi negro Zulma que disponga el viaje.

—¡Ah! ¿piensa usted que Zulma nos acompañe?

—Es un hombre muy útil para los viajes. No tiene uno que encargarse absolutamente de nada.

Y como Marieta hiciera un movimiento desapacible con la fisonomía, don Joaquin añadió:

—¿Te disgusta que nos acompañe Zulma?

—Lo confieso, padre mio; ese negro me da miedo.

—¿Miedo?—contestó don Joaquin sonriendo;—¡si Zulma es un bendito, un infeliz!

—Sin embargo, de algún tiempo á esta parte noto en su rostro algo que me disgusta.

—¡Toma! ya lo creo,—dijo don Joaquín;—¡como que el pobre, además de ser negro, es feo como un demonio!

—No, no es el color de su rostro ni la poca belleza de sus facciones lo que me sobresalta, lo que me preocupa. Es su mirada sombría, su profundo mutismo; es, padre mio, que he creído adivinar que el corazón de ese negro mantiene una terrible tempestad, alimentada por los celos; es, en fin, que á ese hombre, acostumbrado á vivir solo con usted largos años, le irrita, le desespera que usted muestre simpatías hácia otro que no sea él, y la verdad, me da miedo.

—Vamos, veo que todos os habeis propuesto hacerme creer que Zulma es un segundo Otelo, cuando estoy seguro que el pobre no se ocupa de otra cosa que de aculatar mis pipas y limpiar mi ropa.

—Si usted se empeña en que nos acompañe ese hombre, mi deber es resignarme; pero yo viviré inquieta, sobresaltada, viéndole á mi lado.

—No, no, se quedará aquí, ó por mejor decir, le mandaré á Madrid y vendrá Ventura con nosotros; aunque Ventura, á quien pienso nombrar mi apoderado general, me conviene que quede en Madrid al frente de mis intereses. Pero, en fin, no han de faltarnos un ayuda de cámara y una doncella para tí, que nos acompañen.

—¿De manera que partiremos solos?—preguntó Marieta sin poder contener su alegría.

—Solos no; porque ya comprenderás que tú necesitas una doncella y yo un criado.

—Sí, sí, ya lo comprendo. ¡Con tal de que no venga Zulma, que me da tanto miedo!

—Zulma y Ventura se quedarán en Madrid,—dijo don Joaquin.

—Supongo que no me guardará usted rencor por mi pequeña exigencia.

—No, hija mia; y puesto que necesitas descansar, voy á dejarte para que duermas un poco. Es preciso tambien disponerlo todo y aprovechar la ocasion de que salga de Alicante algun buque con rumbo á las costas de Italia. Descansa, pues, algunas horas, y no olvides tus preparativos de viaje.

Marieta inclinó la frente hácia don Joaquin, y éste depositó en ella un beso.

Poco despues, entre don Joaquin y Zulma tuvo lugar el siguiente diálogo:

—Mañana á primera hora quiero que vayas á Alicante á enterarte del dia que habrá vapor para alguno de los puertos de Italia.

—Bien, señor.

—Despues dispondrás mi equipaje.

—¿Segun eso, nos vamos á Italia?

—Es decir, me voy yo.

—¿Solo?

—Con la señorita Marieta.

—¡Ah!

—¿Por qué dices ah?

—Por nada, señor.

—No, no; tú lo has dicho por algo. No se pronuncia una exclamacion de esa naturaleza sin algun motivo.

—Pues bien; lo he dicho, porque yo ya sospechaba ese viaje. Lo que yo no he podido creer nunca era que usted viajara sin llevarme consigo.

—Es que yo necesito que tú y Ventura regreséis á Madrid á cuidar de mis intereses.

—No es por eso, señor,—añadió el negro sonriéndose y moviendo tristemente la cabeza.

—¿Pues por qué es?

—Porque la señorita Marieta no quiere que yo vaya con ustedes.

—Siempre estás lleno de recelos.

—¡Oh! ya sé que la señorita me tiene mala voluntad,—dijo Zulma;—y hace muy mal, sí, muy mal, porque yo he probado mi honradez y mi hombría de bien sirviendo con lealtad á mi amo por espacio de veinte años.

—Te digo que la señorita Marieta no tiene nada que ver con mis disposiciones.

—Bueno, señor, bueno; me quedaré en España,—repuso el negro, exhalando un profundo suspiro,—puesto que usted así lo dispone.

—Sí, esa es mi voluntad,—añadió don Joaquin, á quien comenzaba á disgustar aquella escena.—Puedes retirarte.

El negro, á pesar de la órden terminante de su amo, permaneció inmóvil en el mismo sitio.

Don Joaquin se puso á dar paseos por la habitacion,

y al observar que Zulma no se movía del sitio, repuso con mal humorado acento:

—¿No lo has oído? Te he dicho que te vayas.

El negro se estremeció; pero dominándose, dijo sin levantar la voz:

—Yo quisiera pedir á usted un favor.

—Dí lo que quieras, pero acaba pronto.

—Mientras he creído merecer la confianza de mi amo, he tenido orgullo y satisfaccion en servirle, hallándome siempre dispuesto á darle mi sangre y mi vida si tenia necesidad de ella.

—Pero ¿á qué viene todo eso?

—Ruego á usted que me escuche con un poco de calma. Yo he abandonado mi patria por seguir á mi amo, porque mi amo me habia dicho que yo era para él una necesidad; pero hoy las cosas han cambiado mucho, y en vez de una necesidad soy un estorbo. Así pues, pido á usted permiso para regresar á Méjico.

Don Joaquin retrocedió dos pasos con asombro al oír esta extraña é inesperada petición.

—¿Cómo! ¿marcharte á América? ¿dejarme?

—Zulma conoce que ha perdido la confianza de su amo, y le suplica le permita ir á morir bajo el hermoso sol que alumbró su cuna.

—¡Bah! ¡tú estás loco!

—Cuerdo y muy cuerdo, señor. Sospecho el porvenir que me espera, y quiero evitarlo.

—Pues bien; yo te prohibo que me hables una palabra más de ese asunto. Véte, véte; no tengo ganas de conversacion.

Y don Joaquin cogiendo por un brazo al negro le condujo hasta la puerta, y cerrándola, fué á sentarse en una butaca, murmurando en voz baja:

—No hay nada más desagradecido que un negro. Le he sacado de la miseria, le he tratado durante veinte años, más que como un criado, como un amigo, y me demuestra su agradecimiento diciendo que quiere volverse á América á vivir como una bestia feroz en medio de aquellos bosques. ¡Qué estúpido! ¡qué imbécil! ¡qué animal! ¡Ah! Marieta tiene razon: ella ha conocido á Zulma en pocos dias mejor que yo en muchos años.

Y don Joaquin se llevó una mano á la frente, moviendo al mismo tiempo la cabeza en señal de disgusto.

CAPÍTULO X

La carta de Roma

Algunos días después, el paquete de vapor *Santa Cecilia* salía de Alicante con rumbo á Civitta-Vechia, haciendo escala en Barcelona y Marsella.

Abordo de este hermoso buque italiano iban don Joaquin y Marieta.

Dejémosles partir lejos de las playas españolas, que tal vez muy en breve volveremos á encontrarles.

Marieta la bailarina habia ganado la batalla. Era dueña de la voluntad de aquel viejo millonario que la llamaba su hija. El porvenir de la mujer aventurera podia decirse que estaba asegurado.

Dos hombres, de pié junto á la farola que se alza en la punta del muelle de Alicante, seguian con la vista la rápida marcha del vapor *Santa Cecilia*. Uno de aquellos hombres era negro y tenia los ojos llenos de

lágrimas; el otro blanco, y contemplaba al buque con marcada indiferencia.

Así trascurrieron algunos minutos, sin que ninguno de los dos pronunciara una palabra.

Por fin el casco del buque se perdió de vista, dejando sólo en el espacio una cenicienta cabellera de humo, que iba marcando su derrotero.

—¡Buen viaje!—dijo Ventura, rompiendo el silencio.

Pero observando que el negro se llevaba la mano á los ojos para enjugarse las lágrimas, añadió:

—¿Qué es eso, Zulma? ¿lloras?

—Sí... lloro, porque me avergüenzo de haber puesto mi voluntad en un blanco. Pero yo te juro que estas son las últimas lágrimas que derramo por quien no las merece. Desprecio por desprecio, indiferencia por indiferencia.

El semblante del negro tomó una expresion feroz; sus gruesos labios se entreabrieron para formular una sonrisa extraña y amenazadora, y apretando los puños añadió con rábía:

—Hay en mi país una raza de hombres que habitan los bosques, viviendo con salvaje indiferencia. Ellos odian á los blancos y les hacen una guerra á muerte, porque los blancos arribaron en mala hora á sus playas, y robándoles su independenciam y sus tesoros, les legaron los vicios y la corrupcion que traian de Europa. Aquellos hombres han recibido de los blancos el apodo de los *plagiadores*, y los blancos reciben de los *plagiadores* la muerte, el exterminio. ¡Ah! yo no me

olvido de los *plagiadores* de los bosques de Méjico; no me olvido, Ventura, no me olvido, porque son unos guapos muchachos, y cuando cogen en uno de aquellos caminos desiertos á un blanco, se divierten mucho con él, ¡oh! mucho.

Y Zulma soltó una estrepitosa carcajada.

Ventura miró al negro, no sin algun recelo, porque las incoherentes palabras de Zulma no eran las más á propósito para inspirar confianza.

Pero Ventura era un hombre precavido y sereno.

—¿Conque tus paisanos, allá en los bosques de Méjico, se divierten con los pobres blancos que cogen desprevenidos?—preguntó Ventura.

—¡Oh! sí, se divierten mucho,—contestó el negro riéndose de un modo nervioso.—Mis paisanos son muy ingeniosos, y apenas se pasa un dia sin que inventen algo para reirse de los blancos.

Ventura creyó prudente no prolongar aquella conversacion, que podia tener malas consecuencias, atendido el estado de agitacion en que se hallaba Zulma.

Muy cerca de la farola se encontraba un carruaje, que les condujo á los dos á la casa de campo.

Desde este momento Ventura lo dispuso todo, siguiendo las órdenes de don Joaquin, y cuatro dias despues de aquel en que levó anclas el vapor *Santa Cecilia* del puerto de Alicante, Ventura y Zulma regresaban á Madrid.

Trascurrió un mes sin que ocurriera nada de nuevo en el palacio de la Castellana.

Zulma pasaba los dias encerrado en su habitacion,

no hablaba nunca con los criados de la casa, y sólo alguna que otra noche bajaba al jardín á pasearse durante un par de horas.

Este aislamiento, este mutismo preocupaba un tanto á Ventura, que temiendo algun acto de ferocidad del negro, llevaba siempre en el bolsillo un revolver que pudiera nivelar sus débiles fuerzas con las atléticas de Zulma.

Durante este tiempo, don Joaquin habia escrito dos cartas, una á su llegada á Florencia y otra el dia que abandonó la ciudad de los Médicis en direccion á Roma.

Por estas cartas, Ventura comprendia que Marieta se habia apoderado por completo del corazon de don Joaquin.

Zulma, por su parte, tambien habia recibido una carta de su amo; pero Ventura ignoraba el contenido de esta carta, porque el negro nada le habia dicho.

Así pasaba el tiempo.

Habian trascurrido dos meses, cuando una mañana Ventura, no con poco asombro, vió entrar en su cuarto al negro Zulma.

Llevaba las manos metidas en el bolsillo del chaqueton y la pipa en la boca. Tenia el semblante perfectamente tranquilo, pero en sus ojos brillaba algo siniestro.

Ventura, con el pretexto de buscar un cigarro, entró precipitadamente en la alcoba; cogió el revolver que tenia encima de la mesa de noche, y ocultándolo debajo del gaban, salió á la sala.

El negro no se había movido del mismo sitio, ni sospechado la desconfianza de Ventura.

—A tí te extrañará que venga á verte,—dijo Zulma con mucha calma,—después de dos meses y medio que no te he dirigido la palabra.

—Sí, efectivamente,—contestó con naturalidad Ventura;—me extraña tu visita, y supongo que tendrás algo que decirme.

—Es claro; si no, no vendría.

—Pues bien; siéntate y habla.

—Estoy bien de pié.

—Haz lo que quieras,—añadió Ventura encogiéndose de hombros.

—Vengo á decirte,—repuso el negro después de despedir una bocanada de humo,—que esta noche he tenido un sueño...

—¿Y vienes á contármelo?—preguntó sonriéndose Ventura.

—Ríete todo cuanto quieras. Dentro de poco también espero yo reirme de muchos blancos.

—Veo, amigo Zulma, que te has vuelto muy susceptible, todo te ofende.

—Tengo motivo para ello. Pero volvamos á mi sueño.

—Como gustes.

—Pues he soñado, ó por mejor decir, he visto en sueños un hermoso templo, iluminado con mil luces, y á los piés del altar, arrodillados y recibiendo la bendición de un sacerdote, he visto á mi amo don Joaquin y á la señorita Marieta.

—¡Oh! ese es un sueño muy agradable, querido Zulma.

—Sí, pero ese sueño me pone en el caso de abandonar Madrid para siempre.

—¿Por qué?

—Porque desde el momento en que la señorita Marieta sea la esposa de don Joaquin, yo estoy de más en esta casa. Porque la señorita Marieta me tiene poca voluntad, y antes que me despidan quiero marcharme.

Ventura, que deseaba con toda su alma perder de vista al negro, creyó conveniente darle la razon apoyando su idea.

—¿Y has pensado bien eso?—le preguntó.

—Lo estoy pensando desde el dia en que mi amo se embarcó en el muelle de Alicante. Una esperanza, sin embargo, me detenía en España. Pensaba que don Joaquin, cansado de las zalamerías de la señorita Marieta, rompería con ella, volviendo á España en busca de su leal Zulma. Pero si se han casado, esa esperanza se desvanece, y estoy resuelto á partir.

—En fin, si tan firme es tu resolucion, no seré yo el que me oponga á ella.

—¡Oh! es que aunque te opusieras me marcharía: no soy hombre que desisto tan fácilmente de mis empeños. Además, soy libre, y para volver á mi patria no necesito ni siquiera la limosna de los blancos, porque como hace tantos años que vivo sin gastarme un cuarto, tengo suficientes economías para pagar el viaje.

—Pero ¿partirás sin decir nada á don Joaquin?

—Partiré cuando me convenga, tal vez hoy, tal

vez mañana. Te lo aviso solamente para que no te extrañe un día encontrar mi cuarto vacío, y con la desconfianza natural de los blancos, vayas á creer que el negro Zulma ha robado á su amo antes de marcharse.

—Ya sé que eres honrado, Zulma.

—No me haces ningun favor en reconocerlo, sino una justicia. Durante veinte años yo he manejado siempre el capital de mi amo, y no me remuerde la conciencia de haberle quitado nunca ni un solo real; pues he comprendido en el poco tiempo que estoy en España que los criados blancos no siguen aquí la misma conducta que Zulma el negro. Pero á mí me importa poco lo que hagan los demas; y pues ya sabes mi intencion, he concluido.

Tres dias despues de esta entrevista, Ventura recibió una carta de don Joaquin fechada en Roma.

En esta carta, el viejo millonario le participaba su enlace con Marieta la bailarina, anunciándole su regreso para muy en breve.

«Soy un hombre feliz, decia; he encontrado un ángel que hará venturosa mi vejez. Te encargo, por lo tanto, eficazmente que dispongas en esa todo lo que falte para recibir á mi esposa, porque aunque mi palacio de la Castellana no carece de lujo, las habitaciones destinadas á un hombre solo son muy distintas de las que corresponden á una señora. Tú tienes inteligencia, y no creo que haya necesidad de decirte nada más.»

Si á Ventura le hubiera sido fácil llorar, hubiera llorado indudablemente de alegría, de gozo.

Su plan se habia realizado.

—¡Diantre!—exclamó hablando consigo mismo,— el sueño del negro se ha cumplido. Creo que he hecho un gran negocio. Ahora lo que conviene es que Zulma me deje el campo libre, porque es tal el ódio que se ha desarrollado dentro de su alma contra los blancos, que temo que una noche nos degüelle á todos, lo cual tendría poca gracia. Sí, lo mejor es que le dé á leer esta carta, especie de botafuego que le hará saltar de España inmediatamente.

Ventura se dirigió á la habitacion de Zulma, pensando que Marieta habia trabajado bien el negocio.

Cuando entró en el cuarto del negro, lo encontró arreglando su modesto equipaje en un cofre.

Esta actitud causó gran satisfaccion á Ventura.

—Amigo Zulma, vengo á darte una gran noticia.

El negro levantó la cabeza, fijó sus grandes ojos en el ayuda de cámara, y con una tranquilidad imperturbable dijo:

—¿Has recibido carta de Roma?

—Sí, aquí la tienes.

—Pues yo tambien lo sé todo. Mi amo ha tenido la consideracion de escribirme participándome su casamiento. Por eso me encuentras disponiendo mi maleta. Dentro de tres meses, si no me traga el mar en la travesía, formaré parte en una de esas bandas de *plagiadores*, y escribiré con letras negras en mi bandera: *¡Guerra á muerte á los blancos!*

—¿De modo que insistes en tu propósito?—preguntó Ventura, esforzándose por ocultar su alegría.

—Es claro; yo no doy nunca un paso hácia atrás.

Te he dicho que voy á hacer la guerra á los blancos.
¡Quién sabe si algun dia oirás hablar de Zulma el negro!

Ventura se encogió de hombros y salió de la habitación, pensando cuerdamente que no le convenia por ningun concepto llevarle la contraria á Zulma.

.

.

Aquella misma noche, el negro Zulma partió en el tren de Andalucía, y Ventura, frotándose las manos lleno de gozo, murmuraba en voz baja estas palabras:

—¡La del humo! He hecho un negocio redondo.

LIBRO QUINCE

SEIS AÑOS DESPUES

LIBRO QUINCE

SEIS AÑOS DESPUES

CAPÍTULO PRIMERO

La nieve

Desde la última palabra del capítulo anterior á la primera línea del presente, han trascurrido seis años, lo cual prueba que los novelistas tienen el tiempo su-peditado á su antojo.

En los tiempos modernos, la asombrosa magia de ciertos amuletos, los prodigios de los talismanes y los milagros, se oyen referir con cierta sonrisa de burlona incredulidad. Pero los novelistas, que alimentan su vida intelectual de sueños, y aunque basando los acontecimientos de sus creaciones en episodios de la vida real, conservan aún cierta magia, cierto poder, que lo emplean cuando le conviene á la buena marcha de sus fábulas, al interés y á las conveniencias de sus libros.

Cuando á un novelista le conviene enriquecer á un

personaje de su obra, nada tan fácil como inventar algún recurso para darle las fortunas de Crespo, Salomón y Nicaules reunidas, aunque el novelista sea más pobre que Job durante el período en que Dios quiso probar su paciencia.

Con la magia de su pluma tiene el poder de alargar ó acortar el tiempo, y valiéndose de estos recursos, sin los cuales le sería imposible dar colorido y encanto á sus creaciones, vence todas las dificultades, terminando sus obras, importándole poco que en el trascurso de una lectura de cuatro ó seis horas nazca un personaje y muera cubierto de canas, dejando una dilatada descendencia.

Valiéndose, pues, el autor de las presentes páginas de esas libertades, hijas predilectas de la imaginación, ha hecho trascurrir seis años, bastándole para ello el tiempo que el lector ha empleado en volver una hoja.

Clotilde de Lostan había cumplido veinticinco primaveras, y en el momento en que volvemos á presentarla á nuestros lectores, su rostro, bello como nunca, se hallaba revestido de una gravedad majestuosa.

Clotilde ya no era aquella niña tan encantadora como aturdida, que todas las mañanas entraba en el cuarto de su padre con una exigencia infantil, logrando realizar todos sus caprichos á fuerza de besos y zalamerías.

En sus grandes y hermosos ojos se notaba una mirada llena de triste melancolía. En su radiosa y despejada frente, se observaba esa majestad serena que imprimen los disgustos y la experiencia de la vida.

OBRA TERMINADA

LAS FÁBULAS DE ESOPHO

Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMÁN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDJARDO DE MIER

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA FÁBULA, Y DE NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CITADOS AUTORES

MAGNÍFICA EDICION ILUSTRADA CON MAS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS.

La opinion que ha merecido de la prensa en general este precioso libro, nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo si diremos, que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi folio, en rico papel avitelado.

EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADEVESE

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.